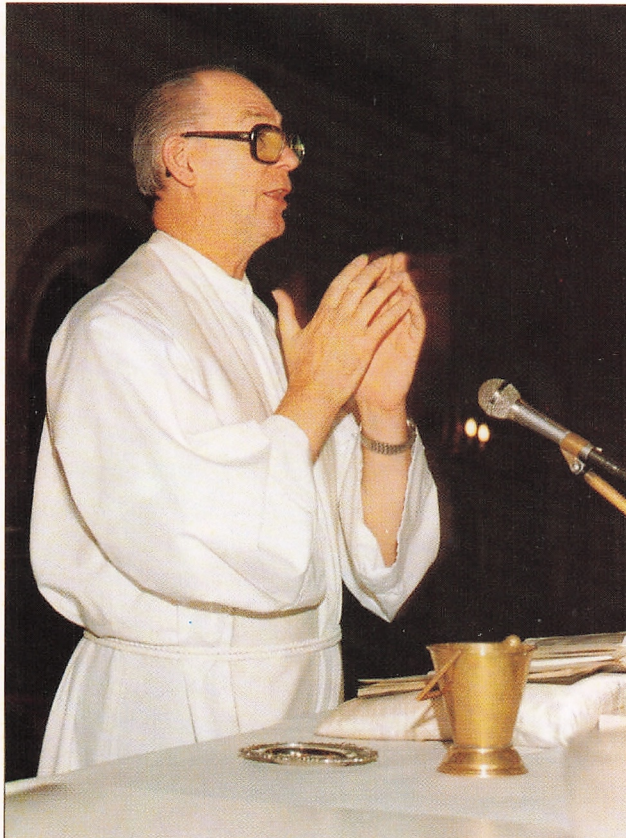


45B030
(+ 28.12.94)

**INSPECTORÍA SALESIANA
"NTRA. SRA. DE LUJÁN"
LA PLATA (Argentina)**



P. HERALDO MANUEL GÓMEZ

Un grupo de unos 40 salesianos realizábamos, en la localidad de Campodónico, unos días de encuentro para concertar el camino inspectorial de la pastoral juvenil. Eran los días que corren entre la Navidad 1994 y el año nuevo.

El P. Heraldo Gómez, en calidad de Director y párroco de General Pirán, compartía el hermoso clima fraterno creado y el descanso que propiciaba el aire cargado de aromas bucólicos de nuestro campo argentino.

Su presencia en esta asamblea llamó la atención a más de uno. No era común para él frecuentar este tipo de encuentros, donde el tema netamente juvenil y la presencia de los jóvenes salesianos marcaban un estilo del que el P. Heraldó parecía haberse alejado a sus 69 años. Era tema del comentario de esos días su alegría y espontaneidad en el trato, su cercanía fraterna, la informalidad hasta en su manera de vestir. Parecía que se encontraba de verdad a gusto, en casa, entre hermanos.

El 28 de diciembre, día caluroso por demás, almorzó serenamente en la comunidad. Por la tarde no fue visto en la merienda, pero como ésta formaba parte de un horario optativo, nadie prestó atención. Por la noche, notaron su ausencia en la cena. Vinieron a comunicármelo y después de algunas consultas, me dirigí a su cuarto. Con trepidación llamé a su puerta. No tuve respuesta. El cuarto estaba sin llave. Encontré al Padre Heraldó, como quien se hubiera acostado a dormir la siesta, pero el Señor lo había llamado a un descanso más duradero y merecido.

El P. Heraldó había nacido en la Capital Federal, el 16 de setiembre de 1926, de Manuel (español) y María E. Bolgia (argentina). Fue bautizado el 2 de enero de 1927.

Su vocación salesiana surgió en el Colegio San Antonio. A los 13 años ingresa al Aspirantado de Ramos Mejía y el 31 de enero de 1945 emite su primera profesión religiosa como hijo de Don Bosco, en el Noviciado de Morón. Realiza su tirocinio práctico en el Colegio Pío IX de Buenos Aires y sus estudios teológicos en Villada (Córdoba), siendo ordenado sacerdote por Mons. Marengo el 28 de noviembre de 1954.

Su entrega y su servicio de salesiano sacerdote lo fue desparmando en un itinerario que, siguiendo los pasos de la obediencia, lo ve Catequista en La Plata (Colegio Sagrado Corazón, 1955), Catequista en el Noviciado (Morón, 1956), nuevamente Catequista en La Plata (Colegio Sagrado Corazón, 1957 a 1962) y luego Prefecto en la misma casa, en 1963.

De 1963 a 1965 realiza estudios en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, obteniendo la licenciatura en Derecho Canónico.

A su regreso irá nuevamente al Sagrado Corazón de La Plata como docente y Vicario Cooperador (año 1966). Entre el 67 y el 78 lo encontramos de Párroco en Bernal. Del 79 al 84 de Párroco en el Sagrado Corazón. En el 85 es Director y Párroco en la Casa de General Pirán. A partir del 88 y hasta el 93 es Párroco de Mar del Plata. En el 94 pasa nuevamente a General Pirán.

Sus casi 30 años al servicio de comunidades parroquiales marcaron su estilo de sacerdocio. Para quienes lo conocimos de cerca es casi imposible separar su figura de su función de párroco. Ante todo era sacerdote. Su celo sacerdotal se manifestaba principalmente en la organización precisa y hasta casi meticulosa de los ritmos de la vida parroquial; en el cuidado de las celebraciones litúrgicas, a las que dedicaba gran tiempo de preparación y que gustaba de animar personalmente educando a los fieles en la participación.

Mostraba una preocupación sentida y entusiasta por la formación de catequistas, de agentes pastorales y sobre todo de los ministros extraordinarios de la comunión. Ponía un fervor especial en la preparación de los sacramentos y en la atención a los enfermos.

A todo cuanto realizaba daba un toque muy particular, marcado por su personalidad respetuosa y exigente a la vez, detallista y observante, y de trato personalizado. Más bien tímido y retraído, mostraba seguridad en el campo en el que se movía, afirmando el orden y el cumplimiento de las normas. Preparado, culto, y de hondo razonamiento, iluminaba a cuantas personas se llegaban a él solicitando un consejo. Su vida interior, de la que poco hablaba, y que manifestaba sobriamente, era muy profunda y sólida. Hombre al servicio de la Palabra, creía cuanto decía y buscaba de ponerlo en práctica con coherencia.

Como superior puedo dar testimonio del ejemplo que dio en la aceptación de la obediencia, que se presentaba para él dura e incomprensible. Pude constatar el temple de unas convicciones de vida religiosa muy rectas y firmes que le dieron la fuerza para asumir, e incluso ir más allá de cuanto le ocasionaba sufrimiento. Su disponibilidad marcó para mí la medida de su fidelidad.

En sus largos años de párroco pudo encontrar numerosos fieles con quienes entabló una relación siempre sacerdotal, pero no privada de afecto y amistad. Son muchos los que me escribieron manifestándome su dolor por la pérdida de este valioso religioso salesiano. Comparto algunos sentimientos que ponen más de manifiesto el testimonio que nos deja el querido Padre Heraldó.

Un Cooperador Salesiano recuerda: *"Los Cooperadores Salesianos lo recordamos con mucho cariño, pues siempre fue muy atento con nosotros. Era un sacerdote de ley, un caballero, un hombre de bien. Amaba profundamente su vocación, por eso era exigente en los trabajos. Su amor a Dios era incondicional, por eso no permitía que las cosas del Señor se hicieran a medias. Era un extraordinario compañero y un excelente guía por su sabiduría y su sencillez en explicar todo lo que se le preguntaba»*

admiración que había puesto este pensamiento: *"que sepamos estar a la altura de los dones que el Señor tiene preparado para nosotros y que María nos obtendrá por su poderosa mediación"*. ¡Está escrita 12 días antes de su muerte!

Seguramente la Santísima Virgen lo preparó y le concedió el don del encuentro definitivo con su Señor.

Que desde el cielo nos haga llegar abundantes gracias de María y de Jesús para los que aún peregrinamos.

A todo el que lea esta memoria del querido P. Herald, pido el favor de una oración por su eterno descanso, poniendo también una intención particular por el aumento de las vocaciones consagradas y sacerdotales que vengan a ocupar ante el rebaño, el lugar de pastor que el P. Herald dejó vacío.

P. Luis Timossi
Inspector

Valga como recuerdo final una oración, sin fecha, escrita de su puño y letra. Me parece un testamento que puede movilizar nuestra fraternidad.

"Oh Señor, haznos salesianos generosos
que sepamos dar alegrías.
Haznos también personas humildes, pobres,
sabedores de tener necesidad de los demás,
y por lo tanto capaces de pedir ayuda,
y de aceptar con alegría y reconocimiento
todo cuanto recibimos de los otros.

Envíanos Señor tu Espíritu de unión,
para que haga brotar en nosotros,
aquella surgente única de la comunidad,
que es la profunda voluntad de comunión,
capaz de hacer de cada uno de nosotros
hombres de comunión y paz.

Conviértenos Señor en personas abiertas,
capaces de auténtica comunicación y respeto mutuo.
Enséñanos a escuchar a los demás
con atención, simpatía, confianza y humildad.
Te pedimos que nuestro diálogo sea siempre
fuente de edificación y de amor. Amén".

Datos para el Necrologio:

El P. Herald Manuel Gómez nació el 16 de setiembre de 1926 en Buenos Aires. Falleció en Campodónico (Bs.As.) el 28 de diciembre de 1994, a los 68 años de edad, 49 años de profesión y 40 de sacerdocio.

Un ministro de la Eucaristía cuenta de él: *"La verdadera formación la recibí del P. Heraldó en las reuniones mensuales del grupo que guiaba (siempre puntual y con alguna golosina para endulzarnos). Conocedor profundo de la Biblia y del Derecho Canónico, nos formó con la misma exigencia que utilizaba para su persona. Nos hizo conocer el verdadero valor de los sacramentos y el respeto por todo lo sagrado. Fue el guía espiritual, el amigo fiel que todo hombre necesita en la vida. Dios me dio la gracia de encontrarlo"*.

Y una catequista: *"El P. Heraldó me dio una oportunidad por la que agradeceré a Dios el resto de mis días: ser catequista de adultos"*.

Una familia: *"Lo fuimos conociendo en el trato cotidiano y descubrimos que detrás de una fuerte personalidad había un ser en extremo sensible, que expresaba su amor por los demás no con la palabra lisonjera o la expresión fácil, sino a través del respeto, del servicio, del cuidado del más mínimo detalle. Era humilde: nunca hacía alarde de su inteligencia ni de su conocimiento, sabía adaptarse al nivel del interlocutor. Era un maestro y le gustaba serlo"*.

Escribe también de él una adolescente: *"El P. Heraldó fue una persona sensacional, claro que no era tan fácil acceder a él. Fue un sacerdote fantástico, una gran persona, un gran «consejero». Con él aprendí muchísimo, era un hombre muy inteligente. Nunca lo voy a olvidar, fue como un padre para mí y tengo la certeza que es un intercesor más que tenemos en el cielo"*.

Una docente de Gral. Pirán afirma: *"En el poco tiempo que estuvo en Pirán, hizo mucho! Desde su llegada todo era proyectos, ilusiones... Y nos mostró un P. Heraldó «nuevo», maduro en muchos temas y preocupado por su rebaño. Sacerdote en todo momento..."*

Una colaboradora cercana destaca: *"Su predilección eran los enfermos. El Señor lo había adornado con un don especial para alegrarlos, darles motivo de esperanza y consuelo en la enfermedad. A veces era llamado en una tarde por seis o siete familias. Entraba y salía de la parroquia sin proferir rezongos, presuroso por llegar a tiempo para salvar un alma. Confesor incansable..."*

Su servicio en la pastoral parroquial y su conocimiento del derecho canónico lo llevaron a vivir con intensidad su amor a la Iglesia. Fue miembro del tribunal de justicia eclesiástica en Mar del Plata y en todas las diócesis por las que pasó dejó una sensación de competencia y precisión en sus trabajos.

Los Obispos le reservaron siempre un trato preferencial porque admiraban su disponibilidad y su consejo iluminador. El P. Heraldó les daba seguridad y confiabilidad.

En una carta que le envía desde el CELAM, allá por el año 80, Mons. Quarracino le dice: *"Pido al Señor y a María conserven siempre ese espíritu sacerdotal y eclesial que te caracteriza, ese entusiasmo generoso que te desborda, ese aliento salesiano que te anima, esa adhesión maciza a las cosas serias que te distingue. Así te vi cuando colaboraste conmigo en tiempos difíciles; así te mantenga Jesús"*.

En 1979 cuando el P. Heraldó celebró sus Bodas de Plata sacerdotales, recibió numerosos saludos. Mons. Manuel Marengo que fue quien lo ordenó, le escribe: *"Cuántos recuerdos gratos de aquel día y de aquella ceremonia... La vida de un sacerdote, hecha a la medida de Dios y acorde con su misión, se hace grano fértil, solo mensurable por la sabiduría y bondad del Señor... Su larga experiencia ha sido maestra en su vida sacerdotal y el testimonio de su sacerdocio gozoso ha servido a muchos de fortalecimiento en su fe"...*

En sus traslados de comunidad y de trabajo, recibió el sentido agradecimiento de los pastores con quienes trabajó. *"Siento la obligación de escribirte esta carta como constancia de mi más sincera gratitud por los dos años y medio de colaboración conmigo y con la nueva diócesis de Quilmes... Te agradezco particularmente tu asiduidad a todas las convocatorias del obispo, las de rutina (reuniones mensuales del presbiterio y del consejo presbiteral) y las extraordinarias. He apreciado tu participación activa, tus inteligentes aportes, tu sinceridad..."* (Mons. Jorge Novak, Padre Obispo de Quilmes)

Otro rasgo que sobresale en el P. Heraldó es su amor y devoción a María Auxiliadora. Como buen hijo de Don Bosco, supo hacerse un propagador del amor a María. Las capillitas por los barrios, la novena perpetua, las celebraciones marianas fueron promovidas en todas las parroquias que animó.

Últimamente había sido nombrado Asesor Inspectorial de la Asociación de María Auxiliadora (ADMA). Tomó esta responsabilidad con empeño notable. Causaba admiración por el entusiasmo que supo transmitir y contagiar. Bajo su influencia, en muy poco tiempo, creció esta Asociación en nuestra querida Inspectoría, no sólo en la cantidad de sus miembros, sino en la calidad de su amor a la Virgen Santísima y en el compromiso que de él se deriva.

Seguramente tuvo mucho que ver en este testimonio de amor filial a la Madre de Dios, el profundo sentimiento de cariño a su propia mamá, a la que con tantas atenciones acompañó y cuidó hasta su fallecimiento en junio de 1994.

Preparando el texto para los saludos navideños, encontré la tarjeta que me enviara el P. Heraldó el año pasado. Al releerla constaté con